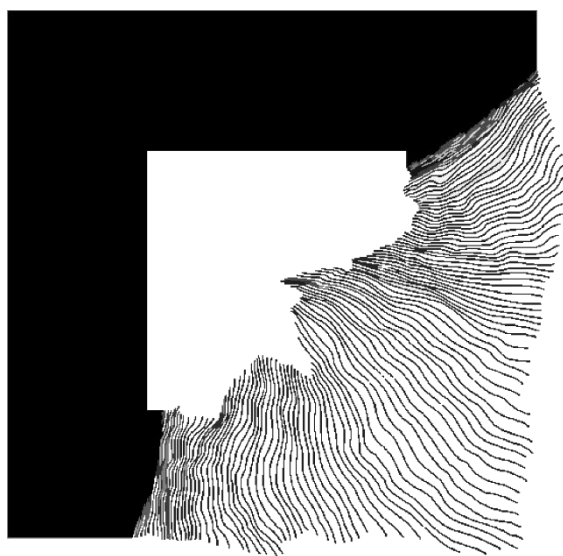




archivo●
entre >
guerras



Los insurrectos

De Ángel Hernández.

© **Archivo_Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: [archivo.**entreguerras@gmail.com**](mailto:archivo.entreguerras@gmail.com)

I

Revuelta

En los expedientes que fueron recuperados, luego del tiempo de la sublevación y las estructuras represivas del poder, se encuentran nuestros nombres. Debajo de ellos hay una observación: *Insurrectos*. Luego, a la izquierda del documento, aparecen fotografías de otros compañeros que al final pusieron a prueba su capacidad de espera. Hoy por hoy siguen sin ser encontrados vivos o muertos. La ausencia de sus cuerpos es una manera de asumir la continuidad de la revuelta. La ausencia de sus cuerpos es una expresión tangible de la temporada más cruenta que trajeron algunas cédulas insurreccionales de 1993, financiadas por organizaciones paramilitares como *Padre guerrilla* y de las que se contará expresamente aquí.

1. Incendiar.

Jos: Estaba parado ahí. Luego, algunos incendiaron un puesto de periódicos y eso animó las cosas. Caminé hacia *Eje Central* donde el contingente ya se replegaba en dos grupos: uno tomaba dirección a *Madero*, otro a *5 de Mayo*. Luego, en la intersección de *Gante*, estaba estrellando el aparador de un *Sanborns*.

Lou: Durante muchas manifestaciones corrí junto al contingente en primera línea con el torso desnudo. En el pecho llevaba escrita siempre una frase: *¡No más impunidad! ¡Por piedad, no más!* Lloré mucho escribiendo esas palabras. Incluso le pedí a mi madre ayuda para escribirlas. Era difícil para mí mantener el pulso a la hora de marcarlas sobre mi propio cuerpo. Pasamos escribiendo eso noches enteras. Bueno, dos noches.

Jos: Los cuerpos entonces valían para algo. Eran el terreno de la contienda y la exposición pública de nuestras demandas.

Lou: Entregados a otro modo de asumir la protesta, los cuerpos hablaban por ellos mismos y por ellos mismos reivindicaban su derecho a ser cuerpos desnudos, disidentes.

Jos: Ella era hermosa con esa prosa libre, indócil, que se extendía por el cuerpo como un mapa donde las equis se colocaban en el lugar de la soledad. Ella era bella ensangrentada con pintura vegetal, cruzando por las expulsiones de gas lacrimógeno, escudándose con dos extintores. Con la minifalda un poco rasgada, el peinado estropeado y atenta siempre a la escritura de los cuerpos.

Lou: Llegó un preventivo para pedirme que me cubriera. Me llevó fuera del contingente y me dio un golpe en la cabeza que me hizo llegar hasta el piso. En ese momento comenzó a llover. El golpe fue revelador en muchos sentidos. Me provocó regresiones de la infancia con mi padre, los chicos, las primeras caricias. Tuve un desliz temperamental y quise reponerme pronto para reincorporarme a la marcha. Luego, ahí estaba él, cubriéndome de la lluvia con su chaqueta de piel, tratando de hacerme parar la herida. Fuimos hasta su apartamento a unas cuadras de ahí porque insistía en que necesitaba un parche. Nos gustamos al momento, hicimos el amor esa misma noche.

Jos: Bajo las sábanas pensábamos. ¿Quiénes eran ellos? ¿Qué querían quitarnos? ¿Qué teníamos nosotros que les pertenecía? ¿Todo fue una estrategia para hacernos huir de aquí? ¿Desaparecieron a nuestros amigos por eso?

Lou: Y al final preguntó: ¿Quieres quedarte a vivir aquí? Y yo contesté: Sí.

2. Aterrar.

Jos: Al día siguiente salimos de la línea verde del metro y frente a una tienda de licores sobre *Doctor Vértiz* una comisión nos esperaba. A los pocos minutos nos condujeron dentro de un pequeño cuartel de seguridad tapiado de consignas y mapas de la ciudad. Todos llevaban lentes oscuros y fumaban como engendros surgidos de la media noche.

Lou: *Los aterradores* era un colectivo organizado dedicado principalmente a la extorsión y el secuestro. Se trataba en su mayoría de hijos de los viejos comunistas venidos del 68' y ahora agonizantes en prisiones o puestos públicos del gobierno.

Jos: Eran los sucesores de una generación, que representó el vandalismo y la desobediencia civil en México frente a un sistema corrupto y opresor, que al final los dejó prácticamente vencidos.

Lou: ¿Quién era esta generación que apoyada en el nihilismo era aún más desalmada? ¿Qué cometía crímenes a sangre fría sin ningún tipo de ideología?

Jos: ¿Quién era esa generación que solo mataba sin importar cuál era la causa o el motivo de la muerte? No era necesario pensar demasiado para saber que *Los aterradores* eran las jóvenes promesas del terrorismo moderado de este país.

Lou: Quiero volver, dije en voz baja, quiero salir de este lugar o estos chicos terminarán con una de nuestras cabezas dentro de la nevera.

Jos: Mientras la OTAN acababa con Sarajevo, *Los aterradores* habían secuestrado con éxito a banqueros, abogados, funcionarios y representantes de ONGs canadienses. No sabían dirigirse con amabilidad, es verdad, pero tenían la información y las armas que necesitábamos.

Lou: Vivían en un apartamento inhumano de *Centro Médico*, es verdad, pero sabían pasar bien la noche hackeando el acceso a las cámaras públicas de la ciudad y escuchando *house*.

Jos: Te dije: — Uno de ellos trae algo en las manos que piensa lanzar pronto, sino es que ahora —. Entonces nos miramos y en pocos segundos la ventana se iluminó

con el resplandor de una explosión. Eso marcaría el comienzo de las razones que marcaron el inicio de nuestro primer exilio.

Lou: Desde la ventana, *Los aterradores* habían lanzado una granada a dos militares armados que cumplían con una inspección de rutina debajo del edificio. Al poco tiempo grababan con *handycams* tomando registro minucioso del suceso. Busqué a Jos y le dije: — Estos chicos continuarán la fiesta. Es mejor que nos larguemos de acá —. Y finalmente nos fuimos.

3. Desprender.

Jos: El pequeño incidente estableció una diferencia entre lo que queríamos y entre lo que nos veíamos obligados a hacer. ¿La insurgencia pacífica? ¿La guerrilla urbana? ¿La lucha armada en las montañas? El suceso pasó de ser una broma pesada a convertirse en un atentado mediático, que ocupó los encabezados de los diarios durante los siguientes días. Luego apresaron a algunos y al vernos implicados, tuvimos que salir huyendo del país.

Lou: Reunimos todo el dinero posible vendiendo prácticamente todo lo que teníamos y pidiendo prestado a amigos de otras organizaciones. A *Padre-Guerrilla* no dijimos una palabra. Solo encontramos una nota afuera de mi casa en *Donceles* que decía:

Nuestra organización no se involucra con actos de terrorismo. Si su deseo es militar desde puntos estratégicos de operación relacionados con maniobras de ataque,

tendrán que formarse en esa disciplina. Antes de eso, no establezcan ningún tipo de vínculo político, ni mucho menos ético con nosotros.

Jos: Lo sabíamos. Estábamos de acuerdo que relacionarnos con *Los aterradores* había sido un error, pero, por otro lado, también había incitado en nosotros una curiosidad por conocer más a fondo los modelos de lucha que se mantenían en otros lugares del mundo.

Lou: Entonces, conseguimos dos billetes de avión sujetos a espacio. Y ahí comenzó todo. Llegamos juntos a República Checa simulando un intercambio escolar.

Jos: Más tarde, decidí viajar a Polonia para dar con colectivos anarquistas, que se organizaban en torno a la resistencia bosnia, pero no funcionó. Así que me devolví a Praga en poco tiempo. Lou había decidido ir a intentar explotar una universidad en París, o por lo menos eso decía la carta que, un día después de una resaca invencible, me dejó bajo la puerta.

4. Expulsar.

Fueron los días más duros.

Caminé las calles de Praga

preguntando por ti a

los conductores del tranvía.

Luego continué sintiéndome
empequeñecido
por la imponentia de los castillos.

Todo era distinto:
Nos habían cambiado el trazo,
las estaciones, los mapas.

Quedaba poco de lo que
conocimos antes:
Otros estallidos. Otros colapsos.
Otros diseños de construcción de la nada.

¿A dónde fue a parar todo?
¿Te lo llevaste contigo?

Junto a algunos obreros alcoholizados
(pero con conciencia de clase)

cerré un par de calles e

hice pintas en los comercios.

Rompí un parabús para

sentirme vivo.

Todo era aburrido sin ti.

Telefoneaba a *Los aterradores* a menudo

pero nadie respondía.

Supuse que finalmente habían

sido desarticulados.

Quería volver a México,

que todo fuera como antes.

Incluso, si lo de antes,

nunca pudiese cambiar del todo.

5. Rasgar.

Generalmente no comparto con extraños,
pero me acercaba a algunas personas
en el metro, en los parques y
las estaciones de tranvía para hablar.

Tenía la necesidad de compartir
con quien fuera algunos recuerdos.

Era difícil saber si esos recuerdos
venían del polvo, el deseo o
el incendio de las nubes.

Eran esporas de ceniza con las que tu presencia
se transfiguraba, para venir hasta mí
donde estuviera.

Era la abstinencia a los incendios,

el tener más de tres meses sin
pasar por un separo policiaco.

Eras tú organizando ese proyecto
que te propuse de secuestrar al cónsul de
Estados Unidos en Francia,
pero que nunca sucedió porque me
aseguraste que no contábamos con un arma
de suficiente alcance.

Generalmente no comparto con extraños,
pero ese día vi a un hombre sentado
en la barra de un bar y le conté que fuimos en busca
de armas y que fuiste muy claro cuando dijiste:

— Dejarás todo o no dejarás nada —
y que entonces dejé todo.

Celebramos una reunión clandestina
con todos los que nos creían muertos
y volvimos a proponernos el secuestro del cónsul.

Esa era nuestra forma de entender que
algo bajo la tierra se manifestaría en octubre,
mientras tú y yo estuviéramos cerca,
confundiendo la utilidad del plagio,
con la capacidad de amar noches enteras.

6. Quebrar.

Jos: Nuestros padres fueron obreros y campesinos explotados desde 1960. En los campos sembraban los frutos que más tarde terminarían en la mesa de los asesinos. Se organizaron en sindicatos y cooperativas que los llevaron pronto al fracaso. Entonces, decidieron unirse a grupos guerrilleros que dieron de qué hablar durante los 70's.

Lou: Esa nostalgia nos hizo volver a la idea de los viejos levantamientos en América Latina. Encontramos ahí una esperanza que a manera de cortina de humo se levantaba frente a la impunidad de antiguos gobiernos opresores y de la forma en que estos fueron conducidos al exterminio.

Jos: Así fueron nuestras primeras conspiraciones cuando *Padre-Guerrilla* en un conato de temperamentalidad, llegaba a las reuniones con dos escoltas y aun así le brillaban en la cara un par de atentados.

Lou: La ciudad había sido dispuesta como campo de batalla y en la mayoría de los sectores instalaron elementos de seguridad que no perdían detalle de cualquier reunión que se llevara a cabo.

Jos: Antes nos detenían casi a diario por robar en supermercados y luego no podíamos dormir. Siempre al salir de los separos un insomnio entre persistente y laxo nos impedía dormir noches enteras.

Lou: Durante las reuniones no era posible ver a los ojos a nadie. Todos llegaban de alguna manera (nunca se sabía cómo) y ya estando adentro todos fumaban y era oscuro y todos iban armados y a veces todos por algún desacuerdo podían terminar incendiando el local.

Jos: Así fueron las primeras experiencias con la guerrilla urbana de 1993. Y visto desde cualquier punto, estas primeras experiencias nos condujeron pronto a un estado de alerta verdadera. El primer signo que así lo comprobaba, fue la expulsión familiar, primer centro molecular donde manteníamos vivos nuestros vínculos más cercanos al hogar.

Lou: La primer consigna fue: “Arrancarnos de ahí” de esa estructura piramidal, de ese régimen patriarcal. La familia no nos quería cerca, decían que no nos conocían, prendían fuego a los periódicos donde aparecíamos y echaban fuera nuestras

pertenencias. Nos obligaban a ir a estudiar en las aulas y nosotros incendiábamos las aulas.

Jos: Nunca entendimos de obedecer, esa era la verdad y nunca entendimos de mostrarnos frente a los otros sin llevar puestas las máscaras.

7. Despojar.

Jos: Viajé a Berlín para enlistarme. Algo en el viento se manifestaba: Eras tú y *Los aterradores* y *Padre-Guerrilla* que había predicho todo esto. ¿Cómo era posible que ahora sucediera? Eras tú haciendo a un lado los pendientes del día para reunirme conmigo en una estación donde nuestra forma de entender el terrorismo, fuera otra ciudad. Y eso lo encontramos en *Spantoland*.

Lou: Instalado en un domo abandonado del *Bendlerblock*, un viejo edificio en ocupación reconstruido luego de los bombardeos soviéticos, nuestra *Spantoland* resplandecía a pocas cuadras de *Alexander Platz* como un enclave insurreccional, que, en todo caso, comenzaba a ponerse de moda.

Jos: Los dementes, los desalmados, los sublevados, los ácratas como tú y yo estábamos ahí siempre inquietos, bebiendo algo, fumando opiáceos, haciendo planes, esperando que algo novedoso pasara. (En esa estación momentánea del tiempo antes de ser nuevamente descubiertos, te llamé con el pensamiento y un *MDMA*).

Lou: Llegué a Berlín por un tiempo a trabajar con una organización ambientalista, quedamos de encontrarnos en *Spantoland*. Llegué y el negocio de las bombas se

reinició de inmediato: Nos infiltramos en un par de oficinas, extorsionamos a algunos alemanes y volamos en pedazos sus autos. Luego, nos fuimos a vivir a una pieza en la periferia con un gato al que pusimos *El escocés*, porque según esto, venía de Escocia. Bueno, la vida tomaba rumbo otra vez.

8. Saquear.

Jos: Las cosas iban bien. Los chicos en *Spantoland* se entusiasmaban con planes a futuro y seguían contemplando la posibilidad de un levantamiento armado a discreción.

Lou: Con nosotros era distinto, con nosotros era mejor mantenerse lejano a los impulsos y cercanos a un imaginario político basado en pequeños delitos para sobrevivir. La vida cuesta en Europa.

— ¿Vienes?

— ¿A?

— A salir por ahí.

— ¿Hay algo que hacer?

— Podemos robar un auto.

— ¿Luego lo incendiamos?

— Puede ser.

— Bueno, vamos.

Jos: Paseábamos por las tardes y por las noches bebíamos en *Spantoland*. En realidad, no había mucho que hacer en Berlín por 1993. Comenzaste a aburrirte y comenzaste a extorsionar más de la cuenta, a robar autos y a besarte con los pocos amigos que habíamos conseguido tener.

— ¿Vienes?

— ¿A?

— ¿A salir por ahí?

— No.

— ¿Qué pasa?

— Estoy en cinta.

— ¿Es mío?

— No, de un alemán.

Jos: Me largué de ahí. Llegué a la estación de trenes y telefoneé a México. Los Aterradores se habían desmantelado y en su lugar existía hoy una nueva facción: *Los agenciadores*: Terrorismo submoderado disfrazado de agencia de viajes que estafaba empresas privadas. Era para darse un tiro.

9. Fallar.

Lou: No entendía nada, no quería entenderlo. Pensé en entrar a una clínica o sacarlo yo misma. Para el caso era lo mismo: Una semana incapacitada en cama y una caja de antidepresivos diaria. Luego de todo esto, necesitaba peligrosidad. Hablé con los chicos de *Spantoland*. Así que planeamos algo de verdad y el 22 de agosto salimos a la calle para un primer atentado.

— ¿Sí?

— ¿Qué quieres?

— Saber de ti.

— Bueno, estoy viva. Ya es bastante.

— Sé que planean una grande.

— ¿Ah, sí?

— Sí.

— ¿Y cómo lo sabes?

— En *Spantoland* todo se sabe.

— ¿Y?

— Lo sé.

— ¿Qué sabes?

— Todo.

— Ah.

— Sé todo.

— ¿Nos delatarás?

— No. Estaré ahí.

— ¡Oh, por dios no! Me pondrás nerviosa.

Lou: Llegamos. Todo transcurrió con base a lo planeado. Estábamos ahí haciendo de turistas. Me adelanté por la parte trasera del *Tiergarten* donde debía colocar el explosivo en una cesta de basura. Ahí estaba Jos, podía sentirlo siguiéndome con la mirada a donde quiera que iba. Entonces, no sé a santo de qué, el cronómetro del armatoste no pudo activarse. Lo dejé ahí de cualquier forma y me fui. Nunca explotó. Con todo el circo se levantaron sospechas y me siguieron todo ese día hasta que por la noche no encontré otra opción que tomar un tren y largarme de ahí.

10. Errar.

Jos: Sabía que estaba en Polonia y fui a buscarla allá. Berlín había sido un episodio oscuro que lo complicó todo: Sus galerías, su frivolidad, su *Spantoland* y finalmente ella, ella y su embarazo no previsto, ella y su cambio de dirección, su terrorismo fallido, su comportamiento a la hora de responder a las normas de seguridad de cualquier país. En fin. No podía quedarme en Berlín, no así. No esperando que

volviera algún día. Fui por el gato, lo metí en una caja y llegué hasta *Hauptbahnhof* donde finalmente tomé el tren hacia Varsovia.

Lou: Ya no era posible continuar. Entre él y yo todo era cuento pasado, entre él y yo solo quedaba un pavoroso camino a casa, saliendo del escondite de un bar donde planeábamos derribar por lo menos un avión en nuestras vidas. Entre él y yo nada funcionaba ya en realidad, estábamos en quiebra y el tiempo se venía muy en contra para los dos. ¿Qué querías conseguir buscándome? ¿Por qué no había claridad para ti en leer los destinos?

Jos: Estaba sin un cambio de ropa, ni dinero, ni papeles. Nuestros pasaportes quedaron en el departamento de la calle *Köhler-Roeber* donde nos refugiamos unos días antes del atentado y nunca volvimos por ellos.

Lou: Tampoco por los viejos discos de punk y de rockabilly belga, no había tiempo de nada, solo de huir.

Jos: Llegué a Varsovia el 27 de agosto a las 20:30 hrs. No sabía a dónde ir. Me quedé sentado en un parque, saqué la libreta y escribí:

Llegué a Varsovia el 27 de agosto a las 20:30 hrs. No sabía a dónde ir. Me quedé sentado en un parque, saqué la libreta y escribí: Sé que estás por ahí. Sigo pensando que esto es obra de la casualidad o el hastío. Te imagino bailar para los nazis. Te imagino desheredando a los egipcios con esas danzas ceremoniales de cacería que tanto entusiasman.

Caminé las calles del *Ghetto* con esa majestuosidad delirante entre la tristeza y la soledad. Fui fijando mi atención en cada ventana, en cada puerta tapiada, en cada pasillo. Caminé Varsovia hasta quedarme sin pies. Pasaron algunas semanas, leí a Bauman y el tomo VI de *Lapidarium*, comencé a aprender un poco el idioma, a relacionarme con vendedores ambulantes y camareros, con presencias reencarnadas de nuestras vidas pasadas:

— *Nie powiedziałaś mi wielu rzeczy.*

— *Nie. Nie powiedziałem Ci.*

— *Zaczynam myśleć, że byłoby lepiej...*

— *Nie mów tego.*

— *Że lepiej byłoby cię zapytać. Zapytaj o to. Na przykład teraz: Co to jest?*

— *To jest twoja dobrze wychowana dziewczyna, którą poznałeś i pracuje en Starbucks*

(No me dijiste muchas cosas / No. No te las dije / Estoy comenzando a pensar que hubiera sido mejor... / —No lo digas / Que hubiera sido mejor preguntarte. Preguntarte por ellas. Por ejemplo, ahora: ¿Qué es eso? / Esto es tu chica bien portada que conociste y trabaja en un *Starbucks*.)

11. Conjurar.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

— No lo sé, algo.

— Te ves mal.

— Se hace lo que se puede.

— ¿Para qué viniste?

— Bueno, siempre me interesó Varsovia.

— Pensé que no volvería a verte.

— Pues, eso ya cambió. ¿Te espero?

Jos: Finalmente la encontré fuera de un *Starbucks* donde trabajaba desde hacía unos días. Le pedí que nos fuéramos juntos, que pasáramos a Berlín por los pasaportes y volviéramos a Praga, todo era más barato y había menos policía. No había mucho que hacer ahí y *Padre-Guerrilla* volvía a insistir al teléfono de la pensión para saber cuál sería nuestro destino.

— Ven conmigo.

— No puedo, me buscan.

— Tengo al gato.

— ¿Dónde está?

— Está afuera, en una caja.

— ¿Dónde? Quiero verlo.

Jos: El encargado de la sucursal nos vio y le llamó la atención por haber abrazado al gato. Su uniforme estaba lleno de pelos. Entonces, hizo lo que sabía hacer mejor. Mandar todo a la mierda y escapar. Salimos lo más rápido posible de ahí. En realidad, no llegamos muy lejos, una visión extendida del dolor y las guerras pasadas nos atravesaba el cuerpo. Quise volver a entregarme a esa idea nuestra de ser uno (esa falsa creencia) y luego hacer un recuento de nuestra condición de extranjeros tratando de hacer la insurrección sin presupuesto. Pero luego me di cuenta que intentar dormir con tranquilidad ya era bastante.

12. Desposeer.

Dijimos tantas cosas, pero “ya no” dijo el tiempo de poder.

Fui a buscarte a la mañana siguiente a la *torre PKIN*

con un saquito verde de pólvora sin usar.

Venía triste esa mañana, porque al cruzar una calle

vi cómo un ave era atropellada por el tranvía.

Luego vi cómo un pequeño edificio abandonado

nunca se volvió a habitar,

y al final vi cómo una mujer muy joven

se quitaba las zapatillas para

atravesar el jardín de un parque.

Venía triste, pensando, en toda aquella filosofía

que nos entregaron, como un pequeño cargamento de

materia flamable que hay que colocar cuidadosamente en

ciertos momentos de la vida, asegurándonos que nada falte,

para finalmente, hacerlo explotar.

II.

Estallido.

La primera causa para la que fuimos reclutados se basaba en la compilación de una serie de tratados anarquistas escritos entre 1870 y 1940 con la que *Padre-Guerrilla* decidió fundar su propia casa editorial: *Estallido*. Editorial que, puesta en funcionamiento, comenzó a generar empleo a un gran número de activistas que pasaban el día almacenando cajas en bodegas secretas detrás de los bares de Hamburgo. Luego, esas mismas cajas eran inventariadas en una relación de temáticas que incluían desde los levantamientos independentistas del África, hasta la guerrilla centroamericana de los ochentas. Todo ese material había sido traducido al alemán, al francés y al árabe y luego fue adaptado a manuales que terminarían distribuyéndose en barrios llenos de inmigrantes provenientes del Este.

1. Dentro.

Lou: Había cambiado mi identidad por la de una mujer turca llamada Hiranur Nehir, me sentaba bien el cambio. Saliendo de la editorial le hablé de mis sueños recurrentes, tomando café frente a la plaza pública de Damasco y luego en las terrazas de los hoteles de Beirut, donde recibíamos armamento de palestinos y jordanos para trasladarlo a *Spantoland*. Me dijiste que iríamos algún día, que me seguirías hasta el final, que pasarías tus días junto a mí archivando documentos de *Estallido*, hasta que *Padre-Guerrilla* decidiera darnos otra encomienda y terminar en algún bastión armado del *West Bank*.

Jos: Todo ese amor que nos dimos durante esos primeros días de septiembre nos reanimó para seguir. Estábamos convencidos de que la recomposición social venía, pero antes teníamos que preparar políticamente a los sectores minoritarios. Esa idea nos reanimó a seguir. Entre los horarios de trabajo clasificando archivos, nos dábamos siempre un tiempo para salir a fumar y ahí aprovechaba para besarte. Te besaba y podía constatar que todo marchaba de algún modo. Tus besos me decían todo lo que necesitaba saber de ti en ese momento, de tu ánimo, tus ganas de comer o no, tus ganas de dormir conmigo esa noche o no. Te dije que todo estaría bien, contábamos con el apoyo de Padre-Guerrilla y de los veteranos que dieron su vida para acabar con las pasadas tiranías.

Lou: Todo ese amor insurrecto que nos dimos entre multitudes enloquecidas de rencor, entre nubes negras de gas pimienta, aparadores hechos añicos y

señalamientos de vialidad vandalizados, comenzaba a echar amarras tres años después.

Jos: Todo ese amor que nos dimos para intentar entender la naturaleza del hombre y su fascinación por el crimen, nos hizo regresar al cuerpo. A los procesos de resistencia que habíamos conseguido librar ahí. ¿También eso era importante, no? Los golpes de la infancia y las caricias de la adolescencia. El afecto y los rechazos.

Lou: Volví a pensar mucho en la poesía, había conocido una poeta en *Polonia* que me enloqueció: Wisława Szymborska. Todo nos devolvía a la idea de tocarnos y tener el cuerpo como trinchera. Entonces las horas de amor se extendieron. A veces durante todo un día, a veces la noche entera.

Jos: Luego un día al volver de las jornadas, decidimos dejar la ciudad. Motivados por un instinto de preservación, nos regresó la idea de apoyar movimientos armados entre las comunidades kurdas desplazadas, instaladas en las montañas del este de Francia.

Lou: El espacio rural favorecía la autogestión y el desempeño de maniobras tácticas para la preparación militar.

Jos: Comunicamos de inmediato nuestro interés a *Padre-Guerrilla* y dispuso para nosotros una comisión que nos permitió llegar hasta la frontera con Suiza. Regresamos a casa por el equipaje, pero se nos pidió no llevar nada. Tampoco documentación y mucho menos al gato, así que al final Alemania nos vio partir ligeros.

2. Lejos.

Lou: Llegamos una mañana muy temprano. La comisión nos dejó frente a un camino empedrado que seguimos hasta dar con un primer campamento. Luego, ahí nos ofrecieron bebidas calientes y algunos dátiles. Se nos dijo que comenzaríamos una disciplina estricta de alimentación, que saldríamos a cultivar y comeríamos de nuestra propia cosecha. Luego, nos enfocaríamos enteramente al proceso de formación paramilitar.

Jos: La primer reunión general fue detrás de un acantilado. Caminamos hacia un segundo campamento mucho más internado en el bosque donde salieron a nuestro encuentro dos jóvenes milicianas que nos llevaron con Batham, el responsable del campamento. Con Batham pudimos hablar un poco de español (Estábamos hartos del inglés) y al cabo de unos minutos nos reunimos con la cuadrilla completa para iniciar la sesión.

Lou: El primer tema fueron los recursos de combate físico: Me quedé sin palabras al ver cómo una patada bien colocada en la nuca podía matar en segundos. Eso fue útil, nos hizo alejarnos un poco de la bebida, nos hizo ejercitar y estar en condición otra vez. Fue el inicio de un manual útil para las emboscadas contra los grupos de choque que había surgido de las cabezas más brillantes del Kurdistan.

Jos: Nos cubríamos el rostro con máscaras improvisadas. Se fabricaban con retazos de nuestra propia ropa y luego pasábamos horas durante la madrugada iluminándonos con lámparas de aceite dentro de pequeñas chozas o entre las copas

de los árboles, aprendiendo el funcionamiento de fusiles de asalto, el modo de protegerlos, de dispararlos, de llevarlos atados al cuerpo.

Lou: A nuestro lado había chicos de los barrios más pobres de Francia, España e Inglaterra. Ellos también querían aprender a hacer la guerra. Chicos que sabían lo que era estar amordazados, de espaldas a un muro, con los pantalones debajo mientras su familia era explotada en fábricas donde terminaban dejando su propia vida. Chicos que querían prepararse, que en su historial ya figuraban algunos asaltos, operaciones, atentados y asesinatos a sangre fría.

Jos: Al paso de unos cuantos días algunos comenzamos a enfermar. El entrenamiento físico era exhaustivo y la práctica en campo con armamento pesado frecuentemente nos hacía desmayar. Temíamos por la fiebre y urticaria del Lyme que ya aquejaba a muchos.

Lou: Entonces extendimos el horario de descanso por la tarde para tomar siesta y así poder rendir mejor el resto del día. Unos días después Batham nos reunió y nos dijo: — ¿Están cansados? Ahora saben que esto no se basaba únicamente en colocar botellas de nafta y echarse a correr. Y si creen que no pueden más, esto empeorará. Se los aseguro —.

3. Roto.

Lou: Batham nos pidió trabajar alrededor de un diario, donde de forma personal plasmáramos nuestra forma de asumir el proceso de preparación en los cuadros participativos de la guerrilla. Dentro de él trazábamos un mapa que ayudaba a

distinguir temporalidades específicas en relación a nuestras vidas. El mío, comenzaba así:

¿De dónde vengo? / Mi naturaleza es sangrar / Sé sangrar / Sé mirarme dentro / Sé mirarme a fuera / Vengo de ese deseo de furia que me hace salir de mi centro. Que me arroja hacia el lugar de los incendios y las barricadas / Fui yo la que decidió irse/ Mi madre fue una desplazada por el horror de los atentados y hoy, madre y padre unidos, son la representación de la soledad en mi sexo y la renuncia a los tratados de paz decretados por los tiranos.

Jos: En el bosque entendí la verdad y entre los pueblos desplazados, atormentados por los periodos de limpieza étnica, crecieron mis esperanzas de ser útil para alguna causa. Pasamos los primeros días ahí, casi desnudos, tratando de mantenernos vivos. Sucios de la cara, comiendo de los árboles y los tallos, pintados del cuerpo, oyendo a los árboles hablar sobre las masacres de otros tiempos.

4. Indefinido.

Jos: Había mucho en qué pensar en aquellos tiempos, pero también había furia y había rabia contenida y había ganas de salir del abrevadero de las palabras para pasar a la acción. Una noche recibimos la indicación por parte de Batham de levantar el campamento y atravesar la frontera con Suiza porque tenía sospechas de que había sido identificada nuestra ubicación.

Lou: Caminamos más de tres días entre la nieve hasta llegar a un acantilado donde una comunidad de ancianas nos recibió. Eran las *Abuelas del Monte Jura*. Una mezcla entre francesas, suizas y alemanas, difícil de distinguir. Las abuelas habían permanecido ahí desde 1900 sobreviviendo de la caza y apoyando movimientos clandestinos relacionados principalmente con el País Vasco. Al vernos, decían:

¡Qué lejos llegaron! ¡Qué lejos llegaron espíritus libres, espíritus antiguos! ¡Cuántas veces los quisieron cercar para cazarlos y resistieron como el tronco de los ébanos!

Luego, otra se acercó hasta mí y al oído me dijo:

Te hizo bien que tu madre muriera, te hizo bien que la nube pasara por la orilla del bosque donde te tiendes a descansar.

¿Cómo sabía eso? Me dejó consternada y aproveché la pausa para liar algo de tabaco y ponerme a fumar. Luego encendieron una gran hoguera y nos pusimos a conversar.

Jos: Esas ancianas benevolentes, miraban alrededor de tu vida en un segundo y en un segundo sabían cómo impartir la enseñanza. Miraron en nosotros a un hombre nuevo, pero siempre cercado por los torbellinos y las bestias. Habían

enterrado a sus hijos que murieron, envenenados por los plaguicidas de las antiguas guerras, lo sabían todo.

Lou: Dominaban el lenguaje de los cuatro elementos y el modo de interpretar los sueños más ambiguos. Nos invitaron a pasar. Hacia la noche, pernoctamos en pequeñas camas de paja y muy temprano reanudamos la marcha. Nos dieron pan de centeno y miel para almorzar en el camino. Al vernos avanzar hacia la profundidad del bosque, una de ellas decía:

— ¡Corran! ¡Suban la montaña! ¡Allá tendrán más cosas que ver! ¡Allá les espera el espíritu, la casa verdadera, la casa de la luz, el espíritu insurrecto! —

¿A qué se refería con eso? Se lo pregunté a Batham pero guardó silencio. Entonces, lo supimos después.

5. Desprendido.

Jos: Llegamos a un risco nevado y nos resguardamos dentro de una cueva. En nuestra cuadrilla había gente de por lo menos cinco lugares del mundo y se me ocurrió decirles que cantáramos una canción en cada idioma. Batham estuvo de acuerdo y al cabo de unos minutos nos olvidamos del frío y formamos una hoguera.

— El espíritu nos recibe con algunas premoniciones — Dijo Batham. Algunos habían hecho voto de silencio, otros solo nos observaban. Cuando terminó la ronda de

canciones comimos un poco de lo que había quedado de las abuelas y nos entregamos a un sueño profundo y reparador. A la mañana siguiente, nos dimos cuenta que todos habíamos soñado prácticamente lo mismo:

Mujeres que organizaban una danza alrededor del fuego, luego cantaban y reían. En un momento comenzaban a llegar disparos de distintas posiciones y las mujeres se transformaban en rumiantes para después internarse en el bosque. En un momento no preciso, en un espacio suspendido del tiempo.

Lou: ¿Por qué soñábamos eso? ¿Estamos muertos? ¿Esa era una reunión de muertos? Fueron las primeras preguntas que me vinieron a la cabeza. ¿Así nos recibía el gran espíritu? ¿Compartiéndonos este sueño aterrador?

Jos: — No quiero seguir aquí — dijiste, — no quiero continuar con esta manera (terrible y a veces dolorosa) de interpretar el mundo —. Entonces Batham nos dio la noticia de que en ese momento la tropa se dividía, cada quien debía continuar solo y permanecer aislado por una semana.

Lou: Los que pudieran volver, se encontrarían en un punto del camino y estarían en condiciones de formar un nuevo campamento.

6. Ciego.

Las generaciones de mi familia han estado

comprendidas en evoluciones confusas,
bastante ambiguas.

Al final he descubierto
que existen muy pocas pistas sobre ellos
y las que hay en realidad no dicen mucho.

Hubo noticias, por ejemplo,
de un hombre que vivió apartado en un piso
de alquiler al este de Arizona durante
el periodo de Secesión.

El hombre fue mi bisabuelo.
Otra mujer se encadenó el cuerpo a un edificio
para impedir su demolición.

Fue su madre.

Estos ancestros del siglo pasado

libran hoy una batalla de astucia y
derecho de antigüedad
para no morir de hambre en mi cabeza.

¿Cómo hemos podido destruir los lazos
familiares de esa forma?

Mi padre y mi madre, antiguos cazadores,
comprendieron el peligro y nos lanzaron desnudos
desde muy pequeños a la madriguera de los lobos
para probar nuestra capacidad de supervivencia.

Hoy podemos decir que compartimos con ellos
la belleza del anonimato en el sepulcro de
nuestro cementerio familiar.

¿De dónde venimos?

¿Quién nos heredó estas piedras?

¿Por qué nadie sabe dirigirse

con respeto hacia nosotros?

Preguntas que me hago mientras exploro

la parte poniente de la montaña.

No sé de dónde viene este apellido que tengo

por una sencilla razón: Es falso.

Las identificaciones que se conservan de

todos ellos son falsas. También los nombres.

No había nada de auténtico en sus nombres,

apellidos, edad, direcciones, estudios, ocupaciones...

Todos fueron perseguidos por diferentes sistemas de

opresión, todos fueron exterminados,

la línea generacional quedó interrumpida de por vida.

Tampoco sus apariencias correspondían.

Todos tuvieron que recurrir al disfraz.

Cambiaron sus rasgos, se maquillaban,
usaban anteojos.

Nadie dio noticias nunca de su paradero.

En una palabra:

¿Cómo saber quién soy si nunca ha existido rastro
de los que me han traído aquí?

Si nunca ha existido rastro de haber sido alguien.

7. Mórbido.

Lou: Un hombre que ha salido de una madriguera del bosque me ha dibujado el rostro de mi madre sobre una roca con grafito.

— Los incendios de los hombres han matado a mi familia. Ahora estamos solo yo y mi hijo.

— ¿Qué pasó?

— Pasó esto:

Hombres llegaron y acabaron con nuestra aldea, violaron a nuestras hijas, luego ejecutaron a los ancianos y se llevaron consigo a los más jóvenes. Todo lo dejaron perdido entre nosotros. Los hijos que habían tenido las mujeres de los primeros batallones que arrojó la guerrilla, se convirtieron en miembros de un ejército que trabajó en la construcción de una ciudad subterránea. Eran llamados Taupes (Topos en español) y como los topos se creía que estaban ciegos. Vivían dentro de la tierra, vestidos apenas con un abrigo de piel de carnero. De ellos descendemos nosotros.

Luego, me entregó una automática y regresó a su agujero en la tierra. No sé si esto pueda ayudar a interpretar hoy mis pesadillas. No sé si esto tiene salida o posibilidad de entenderse. No lo sé, de verdad.

Jos: ¿Qué hacíamos ahí? Batham había dicho que un sacrificio. ¿El sacrificio era acostumbrarse a oír hablar a los espectros?

Lou: El sacrificio era hablar con las voces del bosque, incluidas las voces de los árboles y las piedras, las voces de las criaturas ingenuas y las voces de las criaturas que acaban con su propio bosque.

Jos: Bien, pues eso sucedió. Estaba ya sin agua y perdido. Lo único importante era saber que el sacrificio no consistía en saber matar, sino en mantenerse vivo. Luego aparecieron frente a mí, una pequeña casa de madera que me pidió incendiar:

La casa paterna

(La del padre, del abuelo, del bisabuelo) Tres varones como serpientes: Nietzsche, Voltaire y Celine. Amigos, suicidas, escapistas. Descorteses con las chicas, predicando frente a las especies inferiores de no más de 19 cm, enojados siempre con la vida. No merecí más que la maqueta de una casa, de metal y esa al final en la celebración de incendiar las casas, no pudo arder.— Si las casas paternas no pueden arder se enterrarán y arriba se encenderá el fuego — Dijo el espíritu, pero no fue así, la casa paterna era mi castigo. Tenía que conservarla así hasta su descomposición. Hasta la consumación de su propia materia. Luego prosiguió — Aquí todo se establece como un parámetro de medición del tiempo. Tú no puedes nacer si tu casa paterna no se incendia — Y con esa frase me ha expulsado de la tropa y en consecuencia de la montaña.

8. Incoloro.

— ¿Qué haces aquí?

— Terminé mi búsqueda. El espíritu me expulsó.

— A mí también.

Lou: Volvimos al campamento, tomamos nuestro equipaje y regresamos a Berlín. En la montaña habíamos conocido una parte nuestra que no habíamos hecho consciente jamás: Estábamos solos.

Jos: Estábamos solos y no había modo de cambiarlo, no teníamos casa, no teníamos auto, ni una cuenta bancaria y nuestro gato quizá ni siquiera existía en esos momentos.

Lou: Era ese un primer paso para considerar nuestra vocación por la causa, era nuestro modo de acercarnos al concepto de precariedad inducida, por seguimiento de ideales, de ideales utópicos de insurrección.

Jos: Tomamos el tren y dormí como nunca antes. A los pocos días, estábamos en Berlín y telefoneamos a Padre-Guerrilla para ponerlo al tanto de lo ocurrido. Lo tomó como desertión. Estaba furioso. Traté de explicarle que en el retiro de iniciación fuimos expulsados y que seríamos más útiles organizando células en distritos periféricos de la ciudad, pero se negó. Entendíamos que todo se había perdido.

Lou: El gato no. El gato aún nos esperaba junto a los pasaportes y una botella de vino que había sobrevivido a la última borrachera. Que nadie diga que no lo dimos todo, que nadie diga que nos vieron sacrificando tiempo, que no hayamos apostado a la guerrilla.

Jos: Nadie nos señalará de traidores por haber abandonado las causas que consideramos justas. Nadie nos podrá considerar inscritos a la lista de la desertión y la contrainsurgencia. Dejamos una nota a los antiguos camaradas y nos fuimos a vivir a un hostel casi gratuito al sur de la ciudad.

Lou: Me sentía vacía, sin mucho que hacer y dediqué los próximos días a tratar de arruinar la reputación de ese hostel donde parábamos por apenas 10 marcos. La

guerra seguía ahí y en cualquier lugar, nadie te trataba con amabilidad y al llegar las camas tenían debajo un animal que te succionaba la sangre hasta dejarte limpio.

Jos: Así pasaron los meses hasta quedar sin aliento, viviendo en cuartos perversos sin poder salir para no ser descubiertos. Atravesados por las nubes blancas de la desilusión, jugando cartas con veteranos del este de Rumania.

Lou: Solos y con frío, sobre camas avergonzadas de servir como una especie de sepulcro para esos cuerpos.

Jos: Luego todo fue mejor, encontramos una fábrica de piezas automotrices donde nos contrataron y sorpresa: Ahí estaban muchos de los viejos militantes de *Spantoland*.

Lou: También muchos que habían terminado por salir huyendo de la guerrilla. Volvimos a encontrarnos y nos dimos cuenta que todos éramos menos jóvenes y menos amables a la hora de pedir las cosas por favor.

Jos: Nos habíamos especializado en golpes bajos, teníamos las armas ocultas detrás del abrigo y todos lo sabíamos: Nuestros cuerpos se balanceaban un poco al volver del baño y tomar sitio en la mesa: Los albanos sabían por qué.

Lou: Los hijos de las guerras más cruentas de Europa sabían por qué, sabían por qué nos comportábamos de esa manera, por qué habíamos perdido el buen humor y la paciencia. Por qué habíamos abandonado algunas causas que al final consideramos perdidas.

Jos: Por qué habíamos decidido comenzar este viaje, por qué todos por la calle nos abrían el paso, por qué nos interesábamos en practicar de un tiempo a esta parte, las formas agraciadas de la muerte.

Lou: Sí, no quedaba ninguna duda al respecto: Estábamos solos. Estábamos arruinados en un país extranjero donde la policía nos buscaba, casi no hacíamos el amor y nos sentíamos algo pasados de moda.

9. Irregular.

Lou: Desde antes de comenzar este viaje ya sabía que algo así nos pasaría. Inspirada por los documentales sobre los procesos de insurrección, me entregué a ti y me entregué a la idea de ser yo en ti.

Jos: Nos acompañamos algunas veces a las marchas y las manifestaciones, pero no nos detuvimos un momento a preguntarnos si estábamos dispuestos a soportar todo esto.

Lou: Me llevaste a tu departamento, me hablaste de *Padre-Guerrilla*. Me hablaste de tus planes y contigo en los días aprendí el modo en que gira la rueda: “Todo es pasajero, todo se agota y todo está por acabarnos. Hay que hacer algo antes de que eso ocurra.”

Jos: Luego, lo hicimos. Hicimos algunas cosas que nos valieron respeto frente a otros colegas y nos sentimos importantes en algún momento por no tener miedo. Pero el atrevimiento no es lo único que se necesita para cumplir con esto. Ahora no me conformo con la idea de que todo, termine siendo únicamente una expresión

infame de atrevimiento, de osadía, una tendencia casi suicida en un camino sin retorno.

Lou: ¿No harías lo mismo tú por mí, Jos? Sé que Josué no es tu nombre verdadero, pero así puedo llamarte para que sea confiable. Cosas sencillas, comunes, cosas fáciles de entender porque son, porque existen, porque están ahí y cualquiera las puede ver:

El lago, la vereda que lleva a la ventana, una enorme roca incrustada en la punta de la montaña cuyo crecimiento nadie logró explicarse. Ecosistemas inconsolables/ Regulados por el flujo de la luz y la belleza en el proceso de extinción de las especies.

Jos: Lou, Lourdes, nombre verdadero: Valeria. Mi bala perdida. Banquete visual para batallones armados, heredera de los incendios en las estaciones de tren del *Este de Europa*.

10. Quebrado.

— ¿Qué quieres?

— Quedarme.

— ¿Estás segura?

— Sí, me acostumbré a Berlín. No sé.

— Pero, no hay de qué vivir en Berlín, nena.

— Ni en Varsovia, ni en Praga, ni en París.

— Pensé en volver a México.

— ¡Ay no!

— ¿Y si resulta?

— ¿Qué?

— ¿Y si en México resulta, algo más importante que aquí?

Lou: No podía creer que me propusiera eso. *Europa* no era el camino, sí. Pero tampoco Latinoamérica estaba lo suficientemente lista para todo esto. Estábamos huyendo. Le pedí que recordara eso. Le pedí que recordara la razón de nuestro exilio. En México también nos buscaban, pero existía una diferencia.

— ¿Cuál?

— Que en México no existe el estado de derecho.

Jos: No podía creer que me dijera eso, desde la perspectiva de la abolición al estado, en ningún sitio del mundo podía considerarse el derecho una opción política. ¿Qué pasaba con ella? ¿Había olvidado sus primeros días en Francia cuando ella y otros radicales que se ocultaban bajo el disfraz de integrantes de ONGs pro derechos humanos llegaron a París para estafar más de cinco mil marcos? Al final

el dinero se fue a Estocolmo y ella tuvo que refugiarse en una casa al sur de la ciudad que había pertenecido a unos anarquistas y ahora era un enclave terrorista frente a los responsables de crímenes de estado. Llegó a Berlín sin nada para ser parte de un programa de recuperación ambiental y terminó bailando para neonazis adictos al MDMA en *Spantoland*. ¿Esa era su estrategia? ¿Así querían ayudar a que las cosas cambiaran? Vivir protegidos por gobiernos humanitarios era tener confianza en el estado. No había más.

— Bueno. Yo no volveré.

— Está bien.

— ¿Tú qué harás?

— No lo sé.

— ¿Volverás?

— Puede ser.

— Volverás.

Lou: Volvería porque en realidad no soportaba la idea de estar lejos sabiendo que aquí le llevaban ventaja impuestos, trámites migratorios y coste de vida. Volvería porque en el fondo extrañaba las incidencias casi siempre fallidas de los activistas y colectivos prorevolucionarios, agotados por la crisis y el insoportable nivel de corrupción que hay en México. En esos reflejos lo único que podía distinguir era el

tiempo de la oscuridad, el tiempo de la soledad y la incertidumbre. El tiempo de los derrocamientos y las estampidas, de las barricadas, las razias y los esquiroles. Los rompemarchas, los fachos y las contrarrevueltas organizadas por el *CISEN*. Le dije que me quedaría. Entonces decidió ir por sus cosas al hostel. Luego de eso, vendría el final.

Jos: Fuimos caminando hasta ese hostel, andando por una calle angosta. Nadie habló una sola palabra, las imágenes de ese viaje en nuestras vidas se adherían cada vez más a la mente y a la piel:

Los aterradores, Spantoland, las Abuelas del Jura, el hombre del Starbucks, Batham.

Al final no pasó nada que nos detuviera (como en el fondo lo esperaba). Llegamos al sitio y tomé mi *backpack*. No quise irme sin antes echar un vistazo bajo su cama, descubrí ahí espacios suspendidos, papeles, algunas cartas que le había dado, notas de consumo como planes inconclusos, micro galaxias, muestras de que este planeta había sido habitado por nosotros dos. Una estampida de criaturas, llegaron de otros cuartos cercanos y despertaron a los rumanos. El tiempo que habíamos pasado juntos no era suficiente, así que le pedí un poco más y para mi sorpresa aceptó. Los rumanos reunieron sus monedas para rentarnos una habitación privada y yo lo agradecí haciendo el amor con ella, una noche más.

— Merecíamos estar solos —

Me dijo a la mañana siguiente. Y nos fuimos de ahí.

11. Impasible.

Jos: Eran los tiempos más tristes de aquellos años. *Padre-Guerrilla* lo había dicho: — Se quedarán sin pan y sin luz. Les espera el exilio: Serán perseguidos y no habrá forma de escapar —. Durante el camino hacia la estación del tranvía, mientras acariciaba al gato, comenzaron a surgir destellos de mi niñez:

Mi madre zurciendo agujeros de bala entre las sábanas, mis hermanas recuperándose de una pesadilla temperamental con Hitler. Mi padre muerto heredándonos un listado interminable de deudas con sus enemigos.

Cosas que nunca pude comprender. Que se acumularon en algún lugar de la memoria, que fue necesario consumir frascos enteros de pastillas para hacerlas desaparecer. Y, sin embargo, al día siguiente, en los pabellones perdidos de la muerte, estaba la misma ciudad y frente a mí el mismo destino: Huir.

Lou: Hacer ese recuento de víctimas mortales fue pavoroso y establecía una mínima diferencia que iba a extinguirse a cada segundo: Él y yo estábamos vivos. Nos despedimos ahí en ese momento y esa herida fue una promesa: Encontrarnos diez años después.

Jos: Teníamos 20 y 22, así que no era tan difícil. A tus 30 y a mis 32, dijo. Entonces, el panorama sería mucho más claro. No seríamos viejos aún, tendríamos mayor formación política, compartiríamos la mesa, el pan, los viejos poemas y el recuerdo de este viaje en nuestras vidas. Acabaríamos con todo pensando que todo éramos también, de cierta manera, nosotros dos y ese amor insurrecto que nos prometimos.

Lou: Me entristece haber sobrevivido a esa despedida tuya, me avergüenza haberte dejado ir. Tuya y sin mí. Todo había sucedido en el menor tiempo posible y el día en que nos despedimos elementos de seguridad armados, saquearon el hostel para dar contigo. ¿Por qué querías quedarte solo para vivir huyendo? Tarde o temprano te iban a encontrar, te identificarían, no tenías protección y estabas prácticamente en la calle, la insurrección no te salvaría. La insurrección para nosotros era entonces una expresión abstracta, ininteligible, lejana, que hacía infinitamente improbable la posibilidad de volvernos a ver.

Jos: Ese día hubo enfrentamientos y cateos, hubo explosiones en los suburbios y tiroteos en muchos de los lugares por donde antes habíamos pasado. También desalojaron *Spantoland*, apresaron a los rumanos, incendiaron la editorial.

Lou: Me entristece haber sobrevivido a esa despedida tuya. Me entristece, amor, que las balas siguieran instalándose en la posición equivocada:

Jos: Nosotros dos.